

# NO SOLO PESCADO Y HARINA A CAMBIO DE ORO. VASCOS EN EL COMERCIO CON LOS ESTADOS UNIDOS DURANTE EL SIGLO XVIII

**Not just fish and flour in exchange for gold.  
Basque trade with the United States in the 18th century**

**Alberto Angulo Morales**  
Universidad del País Vasco, España

**Álvaro Aragón Ruano**  
Universidad del País Vasco, España

**Resumen:** La presente investigación pretende profundizar en las relaciones comerciales y diplomáticas desarrolladas entre el País Vasco y los Estados Unidos de América durante el siglo XVIII y las primeras décadas del siglo XIX. El objeto de estudio no se centra únicamente en las rutas y productos intercambiados, entre los que destacará el tabaco, sino que trata también de profundizar en los rudimentos de dichas relaciones diplomáticas y comerciales (las cuales se pueden retrotraer hasta el siglo XVI, durante la ocupación británica de aquellas tierras), haciendo especial hincapié en el análisis de sus protagonistas: las estrategias utilizadas, los vínculos personales y epistolares, etcétera.

**Palabras clave:** Estados Unidos, País Vasco, comercio, diplomacia, siglo XVIII.

**Abstract:** The aim of this research is to explore the commercial and diplomatic ties between the Basque Country and the United States of America during the 18th century and the first decades of 19th century. The principal purpose is not to focus on the routes or commodities traded, where the essential role of tobacco must be highlighted, but to delve into the rudiments of the aforementioned diplomatic and commercial relationships – which date back to the 16th century with the English presence in North America – giving particular emphasis to its main characters: the strategies implemented, personal and epistolary bonds, and so on.

**Keywords:** USA, Basque Country, trade, diplomacy, 18th century.

## 1. Introducción

Los vínculos entre los puertos cantábricos peninsulares y sus homónimos en las colonias (más tarde, estados independientes de la costa este de los actuales Estados Unidos) serán parte básica de la ruta que seguiremos en este trabajo buscando proyectar una imagen sobre el papel y relevancia de la presencia vasca en tierras norteamericanas desde fines del siglo xvii hasta las primeras décadas del xix. La cada vez más ávida demanda de productos coloniales (bacalao, tabaco, etcétera) fue generando un marco interactivo en el que la presencia y mediación de los negociantes vascos adquirió una importancia poco significada por la historiografía, a pesar de la rica documentación de tipo epistolar, comercial y judicial generada, que en la actualidad está al alcance de los investigadores en fondos como, principalmente, los del Archivo Histórico Foral de Vizcaya y el Archivo General de Guipúzcoa. Este recorrido, iniciado en los primeros siglos de la Edad Moderna, permitirá comprender el surgimiento de un marco de comunicación (humana, cultural, económica e ideológica) entre ambas orillas del océano Atlántico. Dentro de esta dinámica, la activa presencia de negociantes y diplomáticos de origen vasco, tanto en el Londres del siglo xviii como en los Estados Unidos durante las últimas décadas de ese mismo siglo, ayudó a la construcción de una ruta en la que, junto con ciertos productos, también las nuevas ideas y las viejas tradiciones serían objeto del interés de las sociedades de ambos lados del Atlántico.

## 2. La multiplicación de los panes y los peces

Las relaciones del País Vasco peninsular con Norteamérica se remontan a la presencia vasca en los caladeros de Terranova. Aunque dicha aparición parece que data ya de 1517, únicamente a partir de 1530 se puede considerar como una ocupación estable y, en un principio, vinculada a la pesca del bacalao (Huxley, 1987: 30; Loewen y Delmas, 2012: 357). Las pesquerías vascas en Terranova tuvieron su época dorada entre mediados del siglo xvi y comienzos del siglo xvii, tanto en lo tocante al bacalao como en lo concerniente a la caza de la ballena. Así, los barcos vascos peninsulares que frecuentaban anualmente dichos caladeros llegaron a ser hasta 30, y el número del conjunto de sus tripulantes rondaba los 3.000 (Alberdi, 2012: 277-279; Loewen y Delmas, 2012: 362). Durante el siglo xvii, y a pesar de que los vascos peninsulares redujeron su presencia en Terranova entre 1578 y 1585, desplazados por ingleses y franceses, gracias al mantenimiento de fuertes vínculos con los vascos continentales, pudieron seguir frecuentando dichas aguas, utilizando dispares subterfugios, como el empleo de la bandera francesa, capitanes vascofranceses o tripulaciones combinadas (Proulx, 2007: 34).

El bacalao se convirtió entre los siglos xvi y xviii en el principal alimento de los pobres en España, puesto que se trataba de un producto relativamente barato, aunque también era del gusto de los adinerados. Además del precio, otro de los grandes atractivos del producto era su aporte de calorías y de proteínas anima-

les a la dieta. A ello se debe sumar su amplia demanda en tiempos de vigilia y cuaresma, principalmente en países católicos, como la propia España (Grafe, 2012: 69-71). Según Gerónimo de Ustáriz, en su *Theorica y práctica de comercio y marina* de 1742, España consumía, a comienzos del siglo XVIII, 497.500 quintales anuales de bacalao, es decir, en torno a 22.400 toneladas, cantidad que se triplicó para finales de siglo, dado que, según las estimaciones, algo exageradas, de Antonio Sáñez Reguart, en 1784 el consumo anual ascendía a 64.000 toneladas. De hecho, hacia 1792 la importación de bacalao en España suponía el 5% de todas las importaciones, de manera que era el segundo producto de más importancia, tras el grano. Para esa época se calculaba que el valor de las importaciones de bacalao ascendía a 20 millones de reales (Grafe, 2012: 54-55).

El bacalao norteamericano apareció en Bilbao en 1549, si no antes.<sup>1</sup> Ya en septiembre de 1552 el bacalao fue objeto, por primera vez, de tasación tributaria en Bilbao, lo que demuestra la importancia de su consumo. Como ya se ha adelantado, hasta 1580 los pescadores vascos participaron en las pesquerías de Terranova, junto con vascofranceses, otros franceses, portugueses e ingleses; sin embargo, a partir de esa fecha perdieron el control del abastecimiento de bacalao en el norte de España. De hecho, entre 1607 y 1614 la mayoría de los navíos llegados a Bilbao desde Terranova tenían procedencia vascofrancesa, aunque estaban financiados en parte por vascoespañoles. Esta flota inverna en el puerto guipuzcoano de Pasajes (Alberdi, 2012: 141, 297-326). Sin embargo, en otoño de 1612 las cosas comenzaron a cambiar, pues un convoy de nueve barcos ingleses con bacalao llegó a Bilbao procedente de Terranova, sin escalas en puertos ingleses (Grafe, 2012: 57). En los años siguientes, los barcos ingleses que iban directamente hasta Bilbao desde Terranova fueron una excepción, y hacia mediados de la década de 1620 el número de barcos vascofranceses que desde Terranova descargaban en Bilbao disminuyó, ya que aumentaron su presencia en Guipúzcoa (Alberdi, 2012: 297-326).

Los ingleses, dueños a partir de la década de 1680 de gran parte de los caladeros de Terranova, comenzaron a suministrar bacalao a la península ibérica. Su producto aparece en los registros como «de Virginia», esto es, procedente de la Norteamérica inglesa, sobre todo de los asentamientos de Massachusetts y New Hampshire. En un principio, el pescado se vendía en Terranova a las naves francesas, holandesas, flamencas o de Hamburgo, pero a partir de 1625 gran parte de las capturas empezaron a transportarse directamente a los puertos del Cantábrico, Portugal, sur de España y Livorno. Desde la década de 1630 la mayoría del pescado importado en Bilbao ya no procedía de Terranova, ni de los Grandes Bancos, sino que llegaba de Nueva Inglaterra, lo que implicó que el pescado dejase de ser suministrado por pescadores que lo vendían directamente desde sus bodegas, para pasar a quedar bajo el dominio de comerciantes de pescado que organizaban el abastecimiento de bacalao durante todo el año (Grafe, 2005: 127-129, 147).

Hacia 1640 el 90% de los barcos que arribaban a Bilbao transportaban bacalao, y prácticamente en su totalidad eran ingleses. No obstante, el comercio

---

1. Archivo Foral de Bizkaia (AFB), Bilbao, N0486/0214.

de bacalao con Bilbao no fue rentable hasta la segunda mitad del siglo xvii, no antes de 1650-1670, por lo que venía acompañado de otros productos. Al convertirse Inglaterra en el principal centro de demanda, se reactivó la exportación lanera desde España, de modo que se creó un comercio triangular, monopolizado por una extensa colonia presente en Bilbao, entre el norte de España, Inglaterra y las colonias inglesas de Norteamérica. Desde América del Norte se abastecía de pescado la península ibérica, y desde esta se enviaba lana, hierro y vino a Inglaterra, en concreto a los talleres de *new draperies* de Londres y el West Country, centros productivos desde los que a su vez se enviaba a las colonias productos manufacturados (Grafe, 2005: 135-139; Bilbao, 2003: 264-270, 276-278).

En cuanto al hierro vasco, cuyas importaciones experimentaron un gran alza al menos durante la primera mitad del siglo xvii, a pesar de los avances en la fabricación de hierro inglés, podemos afirmar que la producción seguía centrada en el hierro de alta calidad. Entre 1632 y 1638 entraron en Bilbao unos 11.000 quintales anuales de bacalao, entre 1640 y 1644 eran 14.500 quintales, en 1700 se pasó a 25.000 quintales y se llegó a 60.000 tras el Tratado de Utrecht. Nueva Inglaterra se convirtió en el principal suministrador de bacalao de España, y el norte de España, Bilbao en particular, acabó siendo el principal receptor del mismo, al menos hasta 1775-1783, además de erigirse el centro redistribuidor de pescado más importante para el interior de Castilla y Madrid. En 1699 el 75% del bacalao exportado desde Boston llegaba a Bilbao, si bien Terranova dominó durante el siglo xviii el suministro de Portugal, Italia y la España mediterránea (Grafe, 2005: 121-123; 2012: 61-65).

En 1785 España importaba 32.000 toneladas de bacalao, un cuarto de las cuales (esto es, entre 4.000 y 7.000 toneladas) llegaba a Bilbao; 2.714 toneladas iban a Santander, Asturias y Galicia; 2.323 se destinaban a Andalucía; y unas 5.000 toneladas, a Barcelona. Tras Cádiz, Bilbao era, por tanto, el puerto en el que mayor entrada de bacalao inglés se produjo, por supuesto, no solo para el consumo local, sino también para su redistribución por todo el País Vasco, sur de Francia y Meseta norte. Durante la década de 1680 Boston exportó a Bilbao 16.000 quintales anuales de pescado, cifra que se elevó a 25.000 quintales hacia 1700 desde Boston y Salem (Lydon, 2008: 67). Durante este período los agentes de las compañías de venta de bacalao fueron «Gardoqui e hijos», «Gómez de la Torre, Villabaso, Parminter y Barrow» y «Lynch, Kelly, Kelly & Moroney». Y la mayor parte del bacalao importado seguía procediendo de Nueva Inglaterra, por encima de Terranova (Basurto, 2008: 344). De los 221 navíos que introdujeron en Bilbao los productos procedentes de Norteamérica entre 1770 y 1773, 77 procedían de Terranova y 137, de Nueva Inglaterra (Lydon, 2008: 20, 37).

Entre 1713 y 1765, esto es, entre los tratados de Utrecht y París, y a pesar de las reiteradas prohibiciones y capturas inglesas contra barcos guipuzcoanos y vizcaínos, los comerciantes vascos prosiguieron su labor en Terranova o, en su defecto, mantuvieron un fluido comercio con las colonias inglesas en Norteamérica: a cambio de bacalao, grasa y otros productos coloniales, los barcos de Bilbao o Pasajes transportaban harina, vino y aguardiente, en lo que la documentación denomina «trocada». Así, por ejemplo, en 1758 Juan Enrique Goossens, Tomás Saint Aulary y Luis Violet, mercaderes de Bilbao, solicitaban la

devolución de sus barcos *Santo Tomás* y *Villa de Bilbao*, capturados por los corsarios ingleses en su viaje a Terranova. Tomás Saint Aulary era propietario del *Santo Tomás*, barco de 100 toneladas y 13 tripulantes capitaneado por Antonio de Álvarez, vecino de Portugalete. Luis Violet era propietario del *Villa de Bilbao*, barco de 160 toneladas y 15 marineros, capitaneado por Pedro de Placencia. Juan Enrique Goosens había cargado el *Santo Tomás* con 1.000 barriles de harina, 13 toneladas de vino tinto francés y 100 pipas de aguardiente, y el *Villa de Bilbao* con 1.200 barriles de harina, 12,5 toneladas de vino tinto francés y 100 pipas de aguardiente. Por su parte, el Consulado de San Sebastián remitió en 1765 el barco *Santa Catalina* a Terranova a la «trocada de bacalao», expedición en la que, por ejemplo, Juan de Bautista Arizabalo y Orobio, vecino de Pasajes de San Juan, invirtió 1.000 pesos (Alberdi, 2012: 364).<sup>2</sup>

En el período de 1763 a 1777 los máximos importadores bilbaínos de bacalao fueron Francisco Gómez de la Torre, los Gardoqui (quienes acumulaban el 35% de las importaciones), Lynch y Kelly y Saint Aulary, y entre 1776 y 1793 se uniría a ellos la casa «Douat, Labat y Planté» (Garay Belategui, 2006: 197; Basurto, 1983: 212; Lydon, 2008: 250). Podría afirmarse que, desde mediados del siglo xvii, se estableció una relación simbiótica entre los comerciantes entregados al tráfico y negociación del bacalao de Bilbao y los del North Shore americano, que creó una fuente de prosperidad duradera de la que surgiría una nueva *aristocracia del bacalao*.

Las conexiones con los suministradores de Nueva Inglaterra se pueden remontar hasta la década de 1720, aunque fue en la segunda mitad del siglo xviii cuando las relaciones se consolidaron. Los «Hooper, Cabot y Lee», de Nueva Inglaterra, encontraban su réplica en los «Gardoqui, Gómez de la Torre, Villabaso» y «Lynch y Kelly» (Basurto, 2003: 344). Sin duda, la participación de Diego de Gardoqui en las negociaciones del tratado entre los Estados Unidos de América y España ayudó al dominio de la compañía. Las pesquerías norteamericanas se recuperaron pronto de los acontecimientos revolucionarios, aunque lo hicieron antes los pescadores de Terranova que los de Nueva Inglaterra. Hacia 1787, cuando Bilbao ya estaba importando grandes cantidades desde Noruega e Islandia, los norteamericanos enviaban 110.000 quintales de bacalao a Bilbao y Lisboa y, teniendo en cuenta los barcos que llegaban vía Inglaterra, hasta unos 126.837 quintales. Las relaciones entre las casas de comercio norteamericanas y bilbaínas también fueron restauradas rápidamente (Lydon, 2008: 248-249).

Durante el proceso de independencia de los Estados Unidos, las relaciones comerciales entre España y Estados Unidos siguieron siendo fluidas. Ya en 1781 John Jay propuso privilegios comerciales recíprocos iguales a la nación más favorecida, y bajo esa premisa fueron admitidos los barcos norteamericanos en los puertos españoles de Europa y en los de La Habana y Nueva Orleans. A pesar de que la mencionada propuesta de John Jay no llegó a fructificar, en ausencia de un tratado que diese seguridad legal, el comercio entre España y Estados Unidos continuó bajo el consentimiento tácito de ambos Estados; sin embargo, una vez finalizado el proceso de independencia, como ante cualquier otro Esta-

---

2. AFB, AJ00226/022 y 023; Archivo General de Simancas (AGS), Estado, 6944-3 y 6.

do, España no quiso abrir sus puertos de ultramar a los navíos americanos. Incluso en los puertos españoles a los que llegaron los primeros barcos cargados de fruta y bacalao, ahora americanos, estos tuvieron dificultades. Uno de los principales miedos y problemas que quería afrontar la Corona, que durante la guerra se había convertido en un auténtico quebradero de cabeza, era el del contrabando (Fulton, 1970: 73-77).

La primera ayuda a los Estados Unidos no provino de La Habana o Nueva Orleans, sino de Bilbao, de la «Casa Gardoqui e hijos», que trabajaba en colaboración con compañías norteamericanas de comercio más bien favorables a la revolución. Gardoqui llevaba comerciando con las colonias británicas desde 1736, cuando obtuvo pasaportes para importar pescado salado. Gracias a ello y a otros negocios, para 1756 él y sus tres hijos contaban ya con un capital de 1 millón y medio de reales, suma que destinaron a la importación de bacalao, grasas, coloniales, granos y harinas, así como al embarque de hierro y lanas hacia Londres. Tras el fallecimiento de José de Gardoqui y Meceta en 1761, el hijo mayor, José Joaquín de Gardoqui y Arriquirar, se hizo con la dirección de la compañía, y la encauzó hacia el comercio transatlántico y el bacalao. Desde entonces, esta casa orientó sus operaciones hacia Boston y Salem, sobre todo hacia la última, donde ejerció el monopolio de las exportaciones a España desde ese puerto. Además, desde 1775 los Gardoqui tenían contactos en Massachusetts, contratados por Elbridge Gerry, al que proveían de productos europeos a instancias de Joseph Lee, que había formado compañía con los hermanos Cabot, de Beverly. Con estos últimos, los Gardoqui ya habían operado en 1773 en el contrabando de harina, que traían desde Filadelfia hasta el puerto de Bilbao, para luego enviarla a La Habana. Los Cabots importarían, vía Salem, grandes cantidades de pañuelos de seda, como puede verse en la red de comerciantes de la casa Gardoqui en Norteamérica (Calderón, 2008: 206-211).

<b>Puerto</b>	<b>Comerciantes</b>
Boston	Isaac Smith, Guillermo Dennie, Evanecer Parsons, Stephen Duer
Salem	Bartolome Putman, John y Andrew Cabot, Guillermo y Samuel Grey, William Horne, Richard Derby padre e hijo
Newburyport	Jonathan Jackson, Alexander Hill
Gloucester	Winthrop Sargent, Daniel Rogers, Daniel Pearce, Robert Williams, Guillermo Story hijo y Compañía
Beverly	Nathaniel Leek, Gerbert Woodberry, Hale Hilton
Filadelfia	Willing, Morris y Swamsick, Haynes y Crawford
Beverly y Salem	Joseph Lee

Tras la revolución, las relaciones de los comerciantes vascos con los Estados Unidos también fueron facilitadas por sus contactos con los puertos y casas de comercio francesas de Bayona y Burdeos. El comercio entre Burdeos y los Estados Unidos vivió su apogeo entre 1783 y 1815, y fue esencial en tiempos de guerra, desde 1793: a finales de la década de 1780 unos 40 barcos

conectaban anualmente Norteamérica y Burdeos, y pasaron a ser 50 en 1795. De hecho, durante los períodos bélicos los comerciantes franceses (como los comerciantes vascos peninsulares) utilizaron barcos neutrales norteamericanos (además de daneses, portugueses o imperiales) (Aragón, 2015: 77-87), lo cual creó unos fuertes vínculos comerciales y personales: a cambio de la introducción de tabaco, trigo, arroz y pescado, extraían vinos y brandis franceses, además de productos textiles y especias indias (Marzagalli, 2008: 11-14; 2010: 92-108). La relación de muchos comerciantes vascos peninsulares, algunos de los cuales (no debe olvidarse) eran de origen vascofrancés y bearnés (Douat, Labat, Planté, Uhagon, Tastet, Queheille, Betbeder o Larralde Duistegui), con sus áreas de origen y los puertos franceses facilitaron las conexiones con Norteamérica. Incluso el tradicional comercio con las Antillas francesas y la exportación de coloniales, como azúcar, cacao o tabaco, hacia los Estados Unidos ayudaron a tejer esos estrechos vínculos (Aragón, 2016: 347-352).

Como ya venían haciendo con las colonias británicas en América, desde 1776 los comerciantes vascos comerciaron con los recién nacidos Estados Unidos de América. Aquellos comerciantes enviaban a los Estados Unidos vino, productos mediterráneos y hierro, y a cambio obtenían harina, trigo, maíz, habas, arroz, jamón, bacalao, duelas de roble, alquitrán, cera, carne de cerdo y salazones (Eches, 1995: 1-27; González Enciso, 1979: 81-98; Aragón, 2016: 352-354).<sup>3</sup> Desde Bilbao, San Sebastián o incluso Santander, Bayona o Burdeos, los barcos de los comerciantes vascos conectaban con los puertos americanos de Baltimore, Boston, Salem, Filadelfia y Nueva York, desde donde volvían a los puertos cantábricos cargados de productos. Así, en tiempos de la crisis de subsistencia que azotó al occidente europeo, el 3 de junio de 1789 la Junta de Abastos de San Sebastián informaba a la Diputación de Guipúzcoa de que a Bayona habían llegado, procedentes de Filadelfia, barcos de San Sebastián cargados con 50 barriles de harina, parte de los cuales serían vendidos en Bayona y la mayoría en Guipúzcoa (Aragón, 2009a: 239). Dichos comerciantes contaban con sus propios agentes americanos, los cuales les informaban de los precios, productos y dificultades, y contrataban los barcos y tripulaciones o los productos a embarcar. En el caso de los comerciantes guipuzcoanos, encontramos a negociantes americanos, como William Ludlam, James Fisher y su hermano William Fisher, todos de Filadelfia, mientras que en el de los vizcaínos, además de los ya mencionados para el ejemplo de Gardoqui, aparecen los nombres de «Seth Adams», «Daniel Bates Offin Prodman Ju», «Paison y Holbrook», «Rodrigo Slingar y Compañía», o «Benjamin Hallowell», de Boston, «Guillermo Gray Junior, William Orne y Joseph White», de Salem, Félix Inbert y Ricardo Gernon, de Filadelfia; y Benjamin Fanevil, de Nueva York.<sup>4</sup>

Los comerciantes vascos enviaban a los mencionados puertos sus propios barcos, con capitanes y tripulación vasca, pero también recibían barcos norteamericanos con la carga que dichos agentes habían obtenido para ellos. En oca-

---

3. AFB, JCR0392/014.

4. AFB, JCR1923/007; JCR2924/033; JCR0428/021; JCR1613/027; JCR2188/002; JCR1203/018; Consulado 0574/013 y 014; JCR0119/001.

siones, el comercio no era directo y los barcos eran fletados desde las islas británicas, donde se cargaba el barco con sal y otros productos europeos en dirección a Norteamérica. Para ello contaban en Londres con la inestimable ayuda de Fermín Tastet, importante comerciante-banquero que llegó a ser plenipotenciario de la Real Compañía de Filipinas.<sup>5</sup> Gracias al intercambio de correspondencia, se mantenían al día de los precios y las vicisitudes del mercado. Uno de los principales problemas que afrontaban los comerciantes de ambos lados del Atlántico era la incertidumbre y la dificultad de calcular y prever los verdaderos costes de los negocios, por lo que resultaba esencial la información enviada por los agentes a través de la correspondencia, para evitar «proceder sin ninguna certidumbre y por meras conjeturas».<sup>6</sup>

Durante el siglo XIX, muchos de los comerciantes que tradicionalmente operaban con los Estados Unidos siguieron con su actividad. Así, entre 1803 y 1804 Antonio y Fermín Tastet, junto con Joaquín María Ferrer Cafranga, a cambio de extraer tabaco y dinero exento del pago de tasas, que invertirían en la construcción de canales en España, obtuvieron Real Orden para introducir durante veinte años, en régimen de exclusividad, harinas de Filadelfia y otros puertos norteamericanos en La Habana, Caracas, Buenos Aires y Montevideo (Ortiz de la Tabla, 1978: 320; Aragón, 2016: 353). Una década después, Antonio Tastet y su sobrina, Juana María de Bordenave, seguían comerciando con tabaco, que distribuían por todas las provincias vascas.<sup>7</sup>

Por su parte, la compañía dedicada a comerciar, a principios del siglo XIX, con aguardiente, café, plomo, alquitrán y tabaco procedentes de los Estados Unidos de América quedó formada por: Santiago Blandin, de San Sebastián; Beistegui, de Vergara; Arteaga, de Deva; Juan Bautista de Meaurio, de Mundaca; Hiriart, de Bayona; Joaquín Ramón de Larraga, de Santander; así como Francisco de Gibaja, de Cádiz.<sup>8</sup> Juan Pablo Carrese, suegro de Santiago Blandin, afincado en Tolosa, siguió comerciando con Londres y los Estados Unidos, aunque desde Bilbao, lugar desde el que su hijo Joaquín María Carrese continuaría con el comercio de redistribución, como hicieron la gran mayoría de los comerciantes bilbaínos, que siguieron vinculados a la importación y redistribución del bacalao al menos durante la primera mitad del siglo.<sup>9</sup>

### 3. La llegada de la hoja americana y el papel del mercado londinense

Desde mediados del siglo XVIII el impacto del tabaco en el discurso foral, en la política y la administración, en las disputas y conflictos socioeconómicos, en el di-

---

5. Archivo General de Guipúzcoa (AGG-GAO), JD IM 551.

6. AGG-GAO, JD IM 551.

7. AGG-GAO, JD IT 3797a.

8. Archivo Municipal de Bergara, 01 C/452-01.

9. AFB, Consulado 0426/020, JCR1216/031; JCR2143/013 y 2099/023; JTB 0294/004; 0035/013 y 0263/013; Bilbao Segunda, 0536/091.

seño de una estructura aduanera-fiscal y en el auge de una cultura del contrabando en la sociedad vasca convierte al producto americano en un elemento vertebral del devenir histórico del siguiente siglo. Los sectores sociales vascos asumieron con celeridad tal benevolencia económica (Angulo, 2015: 187-216). La exención aduanera convertía al País Vasco en territorio libre de gabelas para su abasto, por lo que no existió un estanco oficial del tabaco hasta fines del siglo XVIII (Angulo, 1999: 195-237). Sin embargo, el interés de muchos mercaderes bilbaínos pronto se dirigió al control del estanco de las Cuatro Villas de la Costa de la Mar, actual Cantabria. Desde 1657 hallamos los convenios de dos mercaderes de Bilbao, Mateo de Zabala y Santos Fernández de Sietes.<sup>10</sup> El calado de la hierba de Indias se atisba incluso en el estipendio no monetario que recibían los oficiales de las ferrerías de Vizcaya<sup>11</sup> o los criados de conventos y otras instituciones (Angulo, 2015: 187-216).

Francisco Centani, factor y administrador de las rentas del tabaco y aguariente en Castilla y León, rescindió en 1677 un contrato de 180.000 libras destinadas al estanco del rey. Esa carga se humedeció en la lonja bilbaína de Tomás de Santa Coloma.<sup>12</sup> Los provincianos y la Real Hacienda emplearon Bilbao y San Sebastián para afianzar su regular abasto de tabaco. Lisboa, Bayona y Ámsterdam fueron los principales puertos de envío, si bien competían con las compañías privilegiadas del siglo XVIII, como las de Caracas, de 1728, y las de La Habana, de 1740. El desestanco vasco provocó que, junto a labores habaneras, llegasen las de Brasil o el tabaco norteamericano (Virginia y Kentucky). Los mercaderes ingleses, holandeses y franceses de Bilbao y San Sebastián incentivaron este negocio (Rey, 2003: 23-58; Zabala, 2006: 147-184; Aragón, 2009b: 155-200). En 1700 las noticias sobre la entrada de tabaco de contrabando por Bilbao era lugar común en la dialéctica política con Madrid. En el siglo XVIII fracasaron varios intentos de prohibir el consumo de tabaco de Brasil y Virginia. Una Real Provisión de Felipe V (del verano de 1703) a Guipúzcoa prohibía la compra de tabaco de Virginia por ser perjudicial para la salud.<sup>13</sup> A finales del siglo, en 1789, el Parlamento guipuzcoano habilitó al donostiarra Antonio de Tastet para vender tabaco. Su mérito fue tener «giro y correspondencia con los americanos de Virginia y Marilán y que estos le ofrecen remesas de tabaco» (Aragón y Angulo, 2013: 149-172).

Entre 1790 y 1815, a Bilbao llegaban navíos de Nueva York con carga de maíz, azúcar y tabaco. La mayor parte del flujo mercantil de Bilbao y Bayona llegaba desde Estados Unidos (Basurto, 1994; Zabala, 1994). De Salem, Massachusetts, llegaban café, bacalao, azúcar, maíz, arroz, grasa y azúcar; y de La Habana, vía Boston, algodón, añil, cacao, pimienta, barbas de ballena y tabaco. Desde 1800, la empresa «Gordia y Bayo» recibía azúcar de la empresa de William Orne y Joseph White, de Salem. Un año después, los Gordia y Bayo se aprovisionaban de tabaco y algodón en Virginia y los Gómez de la Torre compraban tabaco a William Kenyon, Nueva York, gracias a firmas asentadas en Filadelfia, como «Abel

---

10. AFB, JCR0582/201.

11. AFB, Alcalde del Fuero de Busturia, JMA0020/052.

12. AFB, JCR4038/028.

13. Archivo Municipal de Ataún, Servicios Agrarios, 074-69.

Humphreys, William Walen y Charles Whigt». Los Mezcorta adquirirían el producto en Boston. De 1843 a 1857, Nueva Orleans será el principal centro de abasto de Bilbao. Y a partir de 1865, el petróleo transportado desde Nueva York tendrá un momento álgido y vinculado a la instalación de un sistema de iluminación en Bilbao mantenido por gas y petróleo.

Bilbao quiso acceder al territorio de Luisiana hacia mediados del siglo XVIII. El fracaso en 1736 del proyecto de una compañía de navegación a Buenos Aires llevó a su Consulado a intentar extender su tráfico tras la cesión en 1762 de la Luisiana a España. Entre 1764 y 1767 se formuló un poco exitoso proyecto de compañía en la Luisiana para abasto de víveres y esclavos (Guiard, 1914: 366-372).<sup>14</sup> Con el apoyo del Consulado y el Señorío, el bilbaíno de origen flamenco Pedro Francisco de Goossens y un comerciante de Marsella, Francia, Henrique Pouillard, impulsaron este proyecto. El interés por abrir nuevas rutas en dirección a los puertos del continente norteamericano no decayó a lo largo del siglo, como lo certifica la carta del Consulado de Bilbao interesándose, entre 1788 y 1800, por fijar una ruta de comercio directo y una compañía con los puertos de la Luisiana y Florida.<sup>15</sup>

La presencia en Londres de un reducido pero influyente grupo de comerciantes bilbaíno incentivó la demanda de coloniales desde mediados del siglo XVIII (Angulo, 2012: 183-209). Pedro de Errecarte fue un buen conocedor de los mercados atlánticos y transmisor de información en la cadena que unía a fabricantes ingleses (Philip Stannard o Jeremiah Ives) con Bilbao, Cádiz o América (Lamikiz, 2007: 255). Su hermano José Tomás tramitó, en 1796, su vizcainía, cuando era juez de la Casa de Contratación de Cádiz.<sup>16</sup> Tres hermanos nacidos en Bilbao, pero afincados estratégicamente en Cádiz, México y Londres. En esta última ciudad fijaron la sede principal de la firma en los años cincuenta, conocida como «Errecarte del Río y Compañía» (González-Palencia, 1953: 227). El círculo lo cerraba Domingo de Errecarte en México. Formaban una bien organizada estructura mercantil que transmitía y manejaba la información de mercados dispares: Bilbao, Londres, Cádiz y México. «Errecarte del Río & Co» mantuvo una activa correspondencia con Willing Morris de Filadelfia. El 3 de agosto de 1775 Morris informaba a Errecarte de los preparativos del navío *Myrtilla* para llevar harina a La Coruña, y de que el 10 de septiembre se abrirían los puertos de Maryland, Virginia, Pensilvania y Nueva York para exportar tabaco (Legge, 1972: 347). El tabaco seguía filtrándose desde las colonias británicas por la vía londinense.

En 1753 Pedro Ignacio de Jarabeitia y Pedro de Errecarte actuaban en Londres. Andrés Cedrón, cónsul español, informó a José de Carvajal y Lancaster, secretario de Estado, de que estos bilbaínos servirían con mayor amor que los corresponsales ingleses (Lamikiz, 2010: 47). La segunda mitad del siglo XVIII muestra veintitrés comerciantes tabaqueros afincados en Londres, ligados al negocio lanero: de ellos, dieciséis eran vascos (69,56%), y nueve eran concretamente de Bilbao (39%) (Angulo, 2012: 183-209). Francisco Antonio del Río también fue so-

---

14. AFB, Goossens, 2887/001-011.

15. AFB, AJ00035/024.

16. AFB, Juntas de Gernika, Reg. 139, Genealogía 1655.

cio de esta firma, como su sobrino Joaquín Uríbarri, que llegó en 1760 para formarse en Londres.

En 1794 tenemos constancia de la presencia de varias casas de comercio vascas en Londres, gracias al *Directory of London, Westminster & Borough of Southwark*. Las firmas citadas son: «Aransolo & Larrazabal», en Old Broad Street, 75; «Francis Eguino», en Finsbury Square, 22; y «Garay, Bergareche & Co.», en Old Broad Street, 54. El número de casas vascas en Londres aumenta, aunque siempre con cifras lejanas a las de Madrid, Cádiz o México. La casa «Francisco Gorbea y Sobrinos», dedicada a exportar lana con los «Thomé burgaleses» entre 1772 y 1808, aparece en 1807 como apoderada de la firma londinense «Larrazabal y Menoyo» en un pleito contra la casa de giro madrileña «Romero, hermanos y sobrinos» (Zylberberg, 1993: 281).<sup>17</sup> Estas firmas norteñas asentadas en Londres diversifican sus inversiones equilibrando riesgos del mercado, jugando con las noticias recibidas por correo y aprovechando las técnicas mercantiles británicas (Lamikiz, 2010). La conexión se alarga hasta la Villa y Corte de Madrid.

La importación de textiles del norte, la negociación de coloniales (cacao y tabaco) y la exportación de lana y hierro fueron los sectores de negocios que permitieron a estas firmas hacerse un hueco en Londres. Entre las casas españolas destacan: «Alejandro Vicente de Mondragón», «J. Martínez de la Cuadra y Cía.», «Juan Errezuelo y Cía.», «Luis de Collantes y Cía.», «Juan Gregorio Rosignol y Cía.», «Matías de Gandasegui» y «Errezuelo & Murphy». Gardoqui nombró a Matías de Gandasegui, su paisano, vicecónsul en Londres, a Jeremías Still, en Bristol y a Diego Macarthy, en Dublín, en 1785 (Pradells, 1992: 324).

Antes del nombramiento, Gandasegui ya auxiliaba al cónsul español en Londres ofreciendo socorros a los oficiales y las tripulaciones de los correos apresados y conducidos a Inglaterra en la década de 1780. El viceconsulado londinense estuvo en sus manos entre 1785 y 1790. El cargo de cónsul había recaído en diversas personas desde principios del siglo XVIII. El comerciante Antonio de la Rosa lo ocupó entre 1705 y 1716 y tenemos noticia del nombramiento de Blas de Urritigoiti en 1729. Lo más llamativo es que en la segunda mitad del siglo un hombre del grupo del vizcaíno marqués de Villarías, Miguel de Ventades, dirigirá el consulado durante cerca de tres décadas, de 1756 a 1783. Después de él, nos consta la corta estancia de Diego de Gardoqui de dos años y medio, además de la interinidad de 1783 (Pradells, 1992: 323).

La declaración bélica de 1796 contra Inglaterra ofrece un listado de los corresponsales londinenses de los comerciantes bilbaínos. En ella siguen presentes varias firmas vasconavaras: «Echalaz, Bacelly y Jabes», «Garay Eguino y Cía.», «Bergareche», «Aransolo y Larrazabal» y «Fermín Tastet» (Basurto, 1983: 152-253). En Bristol, Exon, Manchester y Birmingham no hay rastro de corresponsales españoles. Pocos pero activos, al menos así lo refleja el informe remitido en 1796 por los comerciantes de lanas afincados en Londres al conde de Florida-blanca. El éxito de estos hombres de negocios debió mucho a su presencia en la representación institucional y empresarial del Imperio: cónsules o vicecónsu-

---

17. Archivo Histórico Nacional, Consejos Suprimidos, legajo núm. 27498, expediente 26, 1807.

les, delegados de los Cinco Gremios, gestores y comisionados del Banco Nacional de San Carlos o de la Real Compañía de Filipinas. Tarde o temprano, se ganaron la estima y confianza de los directores de tales compañías, y mejoraron ágilmente su posición y crédito en los mercados internacionales. Lana, plata, coloniales, manufacturas, materias primas, seguros y buen número de otros productos dispares pasaban por sus copiadores. Ahora bien, en ninguna capital establecieron una asociación de naturales, sino que siempre aparecieron ligados a las instituciones diplomáticas españolas.

El embajador español en Londres, Bernardo del Campo, promovió la erección de la Capilla Española (Spanish Chapel) entre 1787 y 1796, a semejanza de otras capillas católicas (Baviera, Portugal, Francia, Cerdeña o Nápoles).<sup>18</sup> El diario *La Época* noticiaba el viernes 27 de febrero de 1832 que el fastuoso *Te Deum* era celebrado en la capilla londinense por la reina María Cristina. Entre los asistentes se encontraba el «señor marqués del Bayamo y al Conde de Torre Díaz, a los señores Scheidnajel, Malaquera, Quesada, Murrieta, Arroyerbe, Balleras, Zuletas, Pérez, Iglesias, Isary y muchos otros cuyos nombres no recordamos en este momento». Murrieta, Arroyabe, Zulueta y Lizardi eran firmas que, provenientes de las repúblicas independizadas del sur y centro de América, habían llegado a Londres. Otros venían de la disidencia política a Fernando VII (Llorens, 2006). Aunque no intentaron concretar la existencia de una comunidad o club exclusivamente vasco, sí que pervivieron las relaciones matrimoniales, de negocios y con el terruño.

El madrileño *Eco del Comercio* afirmaba que los defensores de Isabel II en Londres ayudaron a los liberales de Bilbao. Anselmo de Arroyabe, Cristóbal de Murrieta y Pedro Juan de Zulueta encabezaron una suscripción en 1837 «entre las casas españolas y las extranjeras que hacen el comercio de España, destinando el producto al socorro de las personas, que con motivo de la defensa de esa población, han perdido los medios de subsistencia». <sup>19</sup> Junto a los «Zulueta, Arroyave y Murrieta», aparecían José Agustín de Lizaur, de «Lizardi y Cía.», Miguel de Irazoqui, Vicente de Zabala, Esteban Ezcurra o Domingo de Orueta. Integrados entre los liberales de Londres y ligados a la Capilla Española, los negociantes vascos no fundaron asociación regional alguna, sino que se adscribieron a las enseñas, espacios y protección del cuerpo consular español. Los lazos de negocios, de familia y matrimoniales mantuvieron intensos contactos sin necesidad de los viejos marcadores identitarios (hidalguía y catolicismo romano), por su inadecuación en el mundo protestante de finales del siglo XVIII.

#### 4. Tiempos de cónsules y embajadores

Desde el punto de vista historiográfico, la familia Gardoqui se ha convertido en un icono y clave interpretativa de la presencia vasca en América del Norte.

---

18. *The London Magazine: Or, Gentleman's Monthly Intelligencer*. Vol. 35, Londres: R. Baldwin, 1766, pág. 376.

19. *Eco del Comercio*, núm. 1.059, Madrid, 24 de marzo de 1837, pág. 7.

Tanto por sus negocios como por la fructífera e influyente actividad en los campos de la diplomacia y la política, los Gardoqui se erigen en puente explicativo de una especial conexión desde los inicios de la nueva nación en el último cuarto del siglo XVIII (Rueda, 1992; Calderón, 2004; Cava, 1992; Chaparro, 2013: 101-240).

Las mayores fortunas mercantiles españolas se localizaban en Cádiz (una decena de comerciantes poseía entre 3 y 11 millones de reales) y en Madrid (donde unos pocos comerciantes y banqueros disponían de fortunas superiores a 4 millones de reales). El labortano Beltrán Douat, luego titulado marqués de la Colomilla, integraba la antedicha élite madrileña, con 12 millones de reales. Otros prósperos comerciantes vascomadrileños (Aguirre, Galarza, Goicoechea, Gorbea, Gardoqui y sobrinos), poseían fortunas de 4 a 8 millones. El *Almanak Mercantil* de 1798 dicta que, de los treinta y tres banqueros presentes en Madrid, una buena parte llegó del País Vasco. Los exportadores bilbaínos tenían estrechas relaciones con la capital del Reino al ser agentes de firmas madrileñas. Avanzado el siglo, Francisco Ignacio de Gardoqui fundaría un banco como filial del negocio familiar radicado en Bilbao (Zylberberg, 1983: 280-282).

Los Gardoqui fueron una gran saga de hombres de negocios y armadores bilbaínos del siglo XVIII. Tradicionalmente se dedicaron al pescado norteamericano y canadiense. En la década de 1730 poseían una flota dedicada al transporte de azúcar, madera, cueros, carey, cera, pimienta, grasas, vino y cacao. Esta familia aprovechó la guerra entre Gran Bretaña y sus colonias para iniciar la exportación de productos norteamericanos hacia Europa (Basurto, 2003: 346). En 1758 la compañía se renovó por otros seis años con un nuevo socio, el hijo Diego María. La liquidación de esta firma en 1798 ofrece una imagen significativa, dado que los tres hijos se repartieron 10 millones de reales. Además, cabe destacar que los Gardoqui ocuparon los más altos puestos de la política, la diplomacia y la jerarquía eclesiástica de la época (Artola, 2010: 47-66).

Madrid, Bilbao, Londres y, desde la década de 1770, varios puertos norteamericanos se convirtieron en los cauces mercantiles utilizados por los Gardoqui para desarrollar su empresa mercantil. Diego María de Gardoqui, nacido en 1745 y fallecido en 1799, fue el más destacado por su papel como diplomático, y por ser el interlocutor del Gobierno español con Arthur Lee y John Jay al brindar su apoyo a los insurgentes norteamericanos (Chaparro, 2013: 101-240). En 1783 desempeñó el cargo de cónsul general y comisario ordenador en Londres, y desde 1784 hasta 1789 actuó de encargado de negocios de España en los Estados Unidos, afincado en Nueva York. Diego María conocía la lengua, al haberse educado en Inglaterra y gracias a las fructíferas relaciones comerciales del negocio familiar con el mundo anglosajón. Ocupó puestos en Vizcaya (diputado general entre 1792 y 1794) y en Madrid (ministro de Carlos IV y secretario del Despacho Universal de Hacienda), y fue embajador en Holanda, Cerdeña y otros países. Además, logró al final la Gran Cruz de Carlos III (Basurto, 2003: 347).

La vía diplomática atrajo a Gardoqui, como a otros pensadores y economistas ilustrados finiseculares, como fue el caso de Valentín de Foronda. En 1801 fue nombrado cónsul general en Filadelfia, y seis años más tarde, encargado de los asuntos económicos del Reino de España en Estados Unidos, por la vuelta

del embajador (Barrenechea, 1984). En Filadelfia publicó, en 1807, sus *Observaciones sobre algunos puntos de la obra de Don Quijote*. Escribió también, en 1808, un panfleto anónimo, en el que defendía la necesidad de abandonar las colonias españolas (llamado *Carta sobre lo que debe hacer un príncipe que tenga colonias a gran distancia*), y también las *Cartas presentadas a la Sociedad Filosófica de Philadelphia*, de 1807. Su estancia norteamericana se culmina con la edición de *Apuntes ligeros sobre la Nueva Constitución proyectada por la Majestad de la Junta Suprema de España y reformas que intenta hacer en las leyes*, que merecieron los elogios de Jefferson. Este escrito defiende un gobierno constitucional con separación de poderes, soberanía popular y libertades individuales (Fernández Sarasola, 2002). Sin lugar a dudas, una más que frenética actividad hasta su vuelta a la Península, en 1809.

El Consulado español en Nueva York se mantuvo en manos de una familia de origen irlandés, los Stoughton, entre 1795 y 1820. A principios del siglo XIX, varios negociantes de origen vasco, como los Patrullo, se establecieron en esta ciudad. Asentados con anterioridad en Venezuela,<sup>20</sup> los Patrullo de San Sebastián llegan en la primera mitad del siglo XIX como hombres de negocios progresistas dedicados a la exportación de añil de Venezuela a Estados Unidos. En 1824 localizamos varias cartas de Martín Esaguna (alias Gerardo Patrullo) desde Nueva York enviadas a José Antonio de Iparraguirre, el cónsul hispano en Bayona (Francia), indicándole el estado de las provincias disidentes de América.<sup>21</sup> Y el ciudadano neoyorquino Andrew Patrullo declaró en 1841 que residía allí desde hacía veinte años, dedicado a la navegación y el comercio con el Yucatán (New York State, 1846: 291-292).

Nueva York era una ciudad que ofreció asilo y posibilidades a otros vascos, como al editor, impresor y librero balmasedano Juan de la Granja (cónsul de México en Nueva York) y el impresor Cayetano Lanuza (médico liberal exiliado tras el regreso de Fernando VII), residente en Nueva York entre 1825 y 1832 (Vilar García, 1996: 131, 312-315). El exilio de los españoles liberales a Londres también llegó a Estados Unidos.

Por otro lado, los vascos asentados en las colonias americanas, tras su independencia mantuvieron (desde Venezuela, México o Cuba) una cierta presencia en Nueva York, Charleston o Filadelfia.

Además de los viajes y estancias de John Adams o de Arthur Lee por tierras vascas a finales del siglo XVIII, la nueva república americana intentó fijar una presencia oficial en Bilbao (Agirreazkuenaga, 2003: 85-91; Santoyo, 1977). El cónsul norteamericano de Burdeos, Edward Church, fue destinado el verano de 1790 a ocuparse en paralelo de la plaza vizcaína. Finalmente no sirvió en ella por la peculiaridad jurídica de Vizcaya, y pasó a la plaza de Lisboa entre 1792 y 1796 (Aragón, 2014: 259-260). Church era consciente del papel que desempeñaba Bilbao en las exportaciones americanas. El siguiente intento, esta vez exitoso, de tener representación consular acaeció en 1818.

---

20. Archivo General de Indias (AGI), Indiferente, 2128, 12 de noviembre de 1802.

21. AGI, Estado, 90, núm. 16.

Un empresario bilbaíno, Francisco Javier Ealo, durante un viaje de negocios a Nueva York, estableció contacto con diversos miembros del gobierno norteamericano y fue nombrado cónsul en Bilbao. Al poco de su nombramiento, informó al secretario de Estado John Quincy Adams sobre su intención de viajar a Bilbao vía La Habana. Una vez en La Habana, Ealo decidió permanecer en Cuba y no volvió a Bilbao hasta 1823.<sup>22</sup> Su llegada a Bilbao será el comienzo de la diplomacia americana en esta villa.<sup>23</sup> A pesar de la no presencia en Bilbao, sabemos que desde 1815 tenía una compañía con Roberto Walkinshaw (Petit, 1980: 151).

A Ealo le asistió un vicecónsul, Francisco Gaminde<sup>24</sup> (conocido y compañero de negocios junto con Máximo de Aguirre, Francisco de Briñas y otros comerciantes de Bilbao, encargado del abasto de tabaco para el Señorío de Vizcaya, y nombrado agente consular de Suecia en Bilbao en 1839),<sup>25</sup> y al poco contó con los vicecónsules en los puertos de Santander y San Sebastián. Los informes de Ealo son pormenorizados y se centran en los artículos que se importaban (azúcar, tabaco, arroz, aceite de ballena y pimienta) o exportaban (harina para La Habana, hierro y lana) por el puerto de Bilbao en la década de 1820 (Butterfield, 1963: 80).

El impacto de la primera guerra carlista cerró el Consulado y Ealo volvió a La Habana. Otro empresario bilbaíno, Máximo de Aguirre Ugarte,<sup>26</sup> le sucedió en 1833 e informó al embajador estadounidense en España, Washington Irving, sobre la guerra carlista (Debra, 2012: 331). Con el apoyo de Benjamin Rodman y David Coffin de New Bedford, de Massachusetts, Máximo de Aguirre Ugarte fue oficialmente nombrado cónsul por el presidente Andrew Jackson el 2 de febrero de 1834 y destacó en su papel de reorganizador del distrito consular del norte peninsular (desde San Sebastián hasta Vigo). El 18 de julio de 1862, Daniel Evans le sucedió (Agirreazkuenaga y Serrano, 2002: 158).

Máximo de Aguirre, nacido en Bilbao en 1791, y fallecido en Abando en 1863, se dedicó a exportar hierro y harina e importar coloniales. Al frente de su casa comercial y buscando alianzas con otros negociantes se convirtió en líder del sector industrial y comercial. Invirtió en ferrocarriles y fundó varias compañías financieras entre 1848 y 1861: el Lloyd Vascongado, el Banco de Bilbao y la Sociedad Bilbaína General de Crédito. Fue alcalde de Bilbao entre 1840 y 1843, y actuó en calidad de comisionado para la Exposición Universal de Londres en 1851 (Agirreazkuenaga y Serrano, 2002: 155-164).<sup>27</sup>

Si bien Manuel de Urioste de la Herrán,<sup>28</sup> en 1833, y Máximo de Aguirre, en 1836, fueron aceptados en Bilbao como agentes de negocios de Estados Unidos, en San Sebastián, en cambio, se encontraron complicaciones. En 1827, Luis

---

22. *Commercial Directory*. Filadelfia: J.C. Kayser & Company, 1823, pág. 80.

23. AFB, Archivo Municipal de Bilbao, Bilbao Antigua 0353/001/034/004 (1824). AFB, Administración de Bizkaia, AQ00651/138, 1831.

24. AFB, Instituciones, Junta de Comercio, 0098/059, 1835.

25. AFB, Instituciones, Junta de Comercio, 0058/003, 1839.

26. AFB, Consulado 0075/043, 1827. Escritura de fundación por los hermanos Juan Bautista y Máximo de Aguirre Ugarte de la compañía de comercio «Aguirre Hermanos», con un capital de 400.000 reales y por cinco años.

27. AFB, Administración de Bizkaia, AX00568/019, 1851.

28. AFB, Administración de Bizkaia, AJ00183/012 y AJ03157/054, 1833.

Frith ejerció las funciones de agente comercial de Estados Unidos en San Sebastián, aunque sin patente. La provincia se opuso y lo dejó sin efecto (Aragón, 2014: 260). Este rechazo se aprecia en las actas de las Juntas Generales guipuzcoanas de Segura, del año 1817, y Zumaya, de 1825. Las dificultades que veían las autoridades diplomáticas norteamericanas para establecer un representante (cónsul o agente de negocios o comercial) en San Sebastián y Bilbao les llevó directamente a acudir a comerciantes establecidos en tales plazas para actuar como sus agentes. Ealo y Aguirre representan la nueva generación de negociantes abiertos a la llegada de coloniales y al mantenimiento de la exportación del hierro y la lana que monopolizaban tenazmente estos puertos desde mediados del siglo XVIII.

Además de su condición de negociantes, aunaban otro elemento vital: un buen conocimiento de la lengua inglesa. El Consulado de Bilbao, en 1822, encargó a Juan Lacy, Francisco Gaminde y Máximo Aguirre el examen de los opositores a la cátedra de Lengua inglesa, que eran Jorge Laytham, Guillermo Freeland y Juan R. Sant Aulary. Los examinadores subrayaron las ventajas del primero aduciendo que, por su origen inglés, su pronunciación era más idónea que la del escocés Freeland.<sup>29</sup> Un año más tarde, el inglés Laytham solicitaba volver a ocupar la cátedra de Lengua inglesa para el Consulado de Bilbao y el Ayuntamiento le aceptó como catedrático, siempre que demostrase su catolicidad.<sup>30</sup> Las ordenanzas del Consulado de Bilbao, reformadas en 1737, constituían un código comercial ejemplar adoptado en España e Indias. Trece apartados de ellas se dedicaban a regular la actividad de los corredores de navíos e intérpretes de capitanes o maestros. Los primeros nombramientos documentados se concretan a finales del siglo XVII: Juan de Grana, en 1677, y Norberto Barcoben, en 1689 (Santoyo, 2003: 8). Bilbaínos e irlandeses coparon estos empleos en el siglo XVIII: Juan Archer (un irlandés que, además, ocupó la plaza de profesor de Náutica y Matemáticas en el Consulado de Bilbao desde 1742 y fue autor en 1752 de unas «Lecciones náuticas») (Ibáñez y Llombart, 2000: 747-748), Pedro Giralдино, Juan de Alday, tres hermanos MacMahon, José Joaquín de Garay y Dionisio Antonio de Asla.

Londres, como Estados Unidos, estaba al alcance cultural de muchos capitanes, pilotos y comerciantes formados en la escuela de náutica de mediados del XVIII y luego en la escuela de comercio (con materias de estudio como matemáticas, dibujo, francés e inglés), aprobada por Real Orden en 1819 (Pellón, 2003: 214).

## 5. Conclusiones

El bacalao fue un producto clave en los inicios de la relación entre los puertos del País Vasco y Norteamérica. En un primer momento, gracias a la presencia de los marineros y pescadores vascos peninsulares y continentales en Terranova, y en un segundo estadio, para desarrollar una relación indirecta a través de

---

29. AFB, Consulado 0661/017, 1822.

30. AFB, Consulado 0661/014, 1823.

los intermediarios ingleses que hacían llegar el producto a la península ibérica. Esa relación, además de acercar geográficamente dos mundos lejanos en la distancia, permitió crear y alimentar vínculos personales y económicos que perduraron a pesar de las vicisitudes históricas y políticas. Cuando entre 1775 y 1783 las antiguas colonias británicas de Nueva Inglaterra dieron lugar al nacimiento de un nuevo Estado, conocido como Estados Unidos de América, a pesar de los cambios políticos, institucionales y jurisdiccionales ocurridos, los vínculos desarrollados durante dos siglos y medio permitieron unos flujos que, en lugar de cortarse o modificarse, se reforzaron, teniendo en cuenta que ya no mediaba un antagonismo político y bélico, a pesar de las antiguas beligerancias o diferencias.

Más aún, aunque los Estados Unidos se desvincularon políticamente de su matriz y metrópoli, ambas partes integraron unas redes comerciales, en un esquema triangular, que difícilmente podían romperse o desestructurarse, y en las que cada agente y área geográfica representaba un papel imprescindible. El territorio norteamericano contaba con riquezas (bacalao, tabaco, madera, cereales, etcétera) que el País Vasco no podía obtener por otros medios; sus comerciantes actuaban, además, como intermediarios y redistribuidores de tales productos por el arco atlántico y peninsular. El País Vasco, a su vez, aportaba a la economía norteamericana productos específicos de difícil obtención sin la intermediación vasca: vino, aguardiente, sal y hierro, entre otros. Además, la economía vasca, claramente orientada al comercio internacional, formaba parte del Imperio español, del que los Estados Unidos obtenían un bien codiciado, imprescindible para garantizar la liquidez financiera y la estabilidad de su balanza comercial: la plata americana (esta, con el tiempo, daría lugar a su propia moneda, el dólar, y sin ella es imposible comprender el ascenso económico de ese nuevo Estado).

Tales economías no podían renunciar la una a la otra en el seno de una macroeconomía mundial que paulatinamente se iba globalizando. Por ello, aunque en ocasiones la relación era directa, ambas partes se vieron obligadas a aceptar la intermediación de la primera economía del momento: el Imperio británico (cuya capital, Londres, era un centro financiero y logístico esencial en el comercio transatlántico). Los lazos comerciales en el período revolucionario o de independencia de las colonias facilitaron el nacimiento de vínculos diplomáticos, traducidos en la presencia de embajadas e instituciones de representación política y comercial a ambos lados del Atlántico. Dichos vínculos diplomáticos se consolidaron y tradujeron en el establecimiento de un consulado norteamericano en Bilbao a partir del siglo XIX, el cual serviría de base de operaciones para la política exterior y el comercio norteamericanos en el norte de España y el golfo de Vizcaya, que permaneció en activo hasta que la Administración de Clinton interrumpió su actividad en la década de 1990.

## Bibliografía

AGIRREAZKUENAGA, Joseba (2003). «John Adams, USAko bigarren presidentearen ikuspegiak 1780ko Bilboko egonaldia- ren ondoren eta Bilbo ezagutzeko, XVIII mende bukaerako gida». *Bidebarrieta*, Bilbao, 14, págs. 85-91.

- AGIRREAZKUENAGA, Joseba y SERRANO, Susana (2002). *Bilbao desde sus alcaldes. Vol. I: 1836-1901*. Bilbao: Ayuntamiento de Bilbao.
- ALBERDI LONBIDE, Xabier (2012). *Conflictos de intereses en la economía marítima guipuzcoana. Siglos XVI-XVIII*. Bilbao: UPV.
- ANGULO MORALES, Alberto (1999). «Estanco y contrabando de tabaco en el País Vasco (1684-1876)». En: GONZÁLEZ, Agustín y TORRES SÁNCHEZ, Rafael (coords.). *Tabaco y economía en el siglo XVIII*. Pamplona: Universidad de Navarra, págs. 195-237.
- ANGULO MORALES, Alberto (2012). «Bilbao, Madrid, Londres. Ganaderos, comerciantes y cambistas vascos en los mercados financieros y laneros del Atlántico». En: OCAMPO, Joaquín (dir.). *Empresas y empresarios en el norte de España (siglo XVIII)*. Gijón: Trea, págs. 183-209.
- ANGULO MORALES, Alberto (2015). «El clero y los productos coloniales en la España septentrional. Consumo, contrabando e inmunidad eclesiástica (siglos XVII-XVIII)». En: PORRES, María Rosario (coord.). *Entre el fervor y la violencia: estudios sobre los vascos y la Iglesia (siglos XVI-XVIII)*. Bilbao: Universidad del País Vasco, págs. 187-216.
- ARAGÓN RUANO, Álvaro (2009a). «Comerciantes franceses en el comercio entre San Sebastián y los Estados Unidos de América en el marco de la crisis de subsistencia de 1789». En: DUBERT, Isidro (coord.). *Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna: El mar en los siglos modernos*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, vol. 1, págs. 235-247.
- ARAGÓN RUANO, Álvaro (2009b). «Con casa, familia y domicilio. Mercaderes extranjeros en Guipúzcoa durante la Edad Moderna». *Studia histórica*, Salamanca, 31, págs. 155-200.
- ARAGÓN RUANO, Álvaro (2015). «The Mediterranean connections of Basque ports (1700-1841): Trade, Trust and Networks». *Journal of European Economic History*, Roma, XLIV, núm. 3, págs. 51-90.
- ARAGÓN RUANO, Álvaro (2016). «Horizontes no muy lejanos. Comerciantes vascofranceses y bearneses asentados en el País Vasco peninsular durante el siglo XVIII». En: ANGULO, Alberto y ARAGÓN, Álvaro (eds.). *Recuperando el Norte: empresas, capitales y proyectos atlánticos en la economía imperial hispánica*. Bilbao: Universidad del País Vasco, págs. 345-374.
- ARAGÓN RUANO, Álvaro y ANGULO MORALES, Alberto (2013). «The Spanish Basque Country in Global Trade Networks in the Eighteenth Century». *International Journal of Maritime History*, Hull, año XXV, núm. 1, págs. 149-172.
- ARTOLA RENEDO, Andoni (2010). «El cardenal Francisco Antonio Gardoqui (1747-1820): las claves de una carrera en la Iglesia Católica». *Bidebarrieta*, Bilbao, núm. 21, págs. 47-66.
- BARRENECHEA, José Manuel (1984). *Valentín de Foronda, reformador y economista ilustrado*. Vitoria: Diputación de Álava.
- BASURTO LARRAÑAGA, Román (1983). *Comercio y burguesía mercantil de Bilbao en la segunda mitad del siglo XVIII*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- BASURTO LARRAÑAGA, Román (2003). «Linajes y fortunas mercantiles de Bilbao del siglo XVIII». *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, San Sebastián, núm. 4, págs. 343-356.
- BILBAO BILBAO, Luis M. (2003). «Comercio y transporte internacionales en los puertos de Vizcaya y Guipúzcoa durante el siglo XVII (1600-1650). Una visión panorámica». *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, San Sebastián, núm. 4, págs. 259-285.
- BUTTERFIELD, Lyman H. (ed.) et al. (1963). *Adams family correspondence*. Cambridge: Harvard University Press.

- CALDERÓN CUADRADO, Reyes (2004). *Empresarios españoles en el proceso de independencia norteamericana: la casa Gardoqui e hijos de Bilbao*. Madrid: Unión Editorial.
- CALDERÓN CUADRADO, Reyes (2008). «Alianzas comerciales hispano-norteamericanas en la financiación del proceso de Independencia de los Estados Unidos de América: la casa Gardoqui e hijos». En: GARRIGUES, E. (coord.). *Norteamérica a finales del siglo XVIII: España y los Estados Unidos*. Madrid: Marcial Pons – Fundación Consejo España-Estados Unidos, págs. 197-218.
- CAVA MESA, María Jesús (1992). *Diego María de Gardoqui: un bilbaíno en la diplomacia del siglo XVIII*. Bilbao: Bizkaia Kutxa.
- CHAPARRO SÁINZ, Ángel y CHAPARRO SÁINZ, Álvaro (2013). «Diego María de Gardoqui y los Estados Unidos: actuaciones, influencias y relaciones de un vasco en el nacimiento de una nación». *Vasconia*, San Sebastián, vol. 39, págs. 101-140.
- DEBRA, J. Allen (2012). *Historical Dictionary of U.S. Diplomacy from the Revolution to Secession*. Maryland: Scarecrow Press.
- ECHES, Alfred E. (1995). *Opening America's market: U.S. foreign trade policy since 1776*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.
- FERNÁNDEZ SARASOLA, Ignacio (2002). *Valentín de Foronda. Escritos políticos y constitucionales*. Bilbao: Universidad del País Vasco.
- FULTON, Norman (1970). *Relaciones diplomáticas entre España y los Estados Unidos a finales del siglo XVIII*. Madrid: Universidad Complutense, Facultad de Filosofía y Letras.
- GARAY BELATEGUI, Jon y LÓPEZ PÉREZ, Rubén Esteban (2006). «Los extranjeros en el Señorío de Vizcaya y en la Villa de Bilbao a finales del Antiguo Régimen: entre la aceptación y el rechazo». *Estudios Humanísticos. Historia*, León, vol. 5, págs. 185-210.
- GONZÁLEZ ENCISO, Antonio (1979). *España y USA en el siglo XVIII. Crecimiento industrial comparado y relaciones comerciales*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- GONZÁLEZ-PALENCIA, Ángela (1952). *Colección de documentos sobre Madrid*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños.
- GRAFE, Regina (2005). *Entre el mundo ibérico y el Atlántico. Comercio y especialización regional, 1550-1650*. Bilbao: Diputación Foral de Bizkaia.
- GRAFE, Regina (2012). *Distant Tyranny. Markets, power, and Backwardness in Spain, 1650-1800*. Princeton: Princeton University Press.
- GUIARD, Teófilo (1914). *Historia del Consulado y Casa de Contratación de la villa de Bilbao*. Bilbao: La Gran Enciclopedia Vasca, vol. II.
- HUXLEY BARKHAM, Shelma (1987). «Los vascos y las pesquerías transatlánticas, 1517-1713». En: AYERBE, Entique (ed.). *Itsaso: el mar de Euskalerría. La naturaleza, el hombre y su historia*. San Sebastián: Etor, vol. 3, págs. 27-210.
- IBÁÑEZ, Itsaso y LOMBART, José (2000). «La formación de pilotos en la Escuela de Náutica de Bilbao, siglos XVIII y XIX». *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, San Sebastián, vol. 3, págs. 747-772.
- LAMIKIZ GOROSTIAGA, Xabier (2007). «Patrones de comercio y flujo de información comercial entre España y América durante el siglo XVIII». *Revista de Historia Económica*, Madrid, vol. 2, págs. 231-258.
- LAMIKIZ GOROSTIAGA, Xabier (2010). *Trade and trust in the eighteenth-century atlantic world*. Londres: The Royal Historical Society.
- LEGGE, William (1972). *The manuscripts of the Earl of Dartmouth*. Boston: Gregg Press.
- LLORENS, Vicente (2006). *Liberales y Románticos. Una emigración española en Inglaterra, 1823-1834*. Madrid: Castalia.
- LOEWEN, Brad y DELMAS, Vincent (2012). «The Basques in the Gulf of St. Lawrence and Adjacent shores». *Canadian Journal of Archaeology*, Calgary, vol. 36, núm. 2, págs. 213-266.

- MARZAGALLI, Silvia (2008). «The failure of a transatlantic alliance? Franco-American Trade, 1783-1815». *History of European Ideas*, vol. 34, núm. 4, págs. 456-464.
- MARZAGALLI, Silvia (2010). «La mise en place d'un réseau commercial et marchand: Bordeaux et les États-Unis à la fin du XVIIIe siècle». En: COULON, Damien (dir.). *Réseaux marchands et réseaux de commerce. Concepts récents, réalités historiques du Moyen Âge au XIXe siècle*. Estrasburgo: Presses Universitaires, págs. 87-113.
- New York State (1846). *Report on the present quarantine laws*. Albany: Carrol and Cook.
- ORTIZ DE LA TABLA, Javier (1978). *Comercio exterior de Veracruz, 1778-1821: crisis de dependencia*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- PACHECO TROCONIS, José German (2000). *El añil: historia de un cultivo olvidado en Venezuela: 1767-1870*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- PELLÓN, Inés; CABALLER, María Cinta y LLOMBART, José (2003). «Física y química en el instituto vizcaíno de segunda enseñanza (1846-1900)». En: BATLLÓ, Josep (coord.) et al. *Actes de la VII Trobada d'Història de la Ciència i de la Tècnica*. Barcelona: Societat Catalana d'Història de la Ciència i de la Tècnica, págs. 213-232.
- PETIT, Carlos (1980). *Compañías mercantiles en Bilbao (1737-1829)*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- PRADELLS NADAL, Jesús (1992). *Diplomacia y comercio. La expansión consular española en el siglo XVIII*. Alicante: Universidad de Alicante.
- PROULX, Jean Pierre (2007). «Basque Whaling in Labrador: An Historical Overview». En: GRENIER, Robert; STEVENS, Willis y BERNIER, Marc-André (coords.). *The Underwater Archaeology of Red Bay: Basque Shipbuilding and Whaling in the sixteenth Century*. Ontario-Ottawa: Parks Canada, vol. 1, págs. 25-96.
- REY CASTELAO, Ofelia (2003). «Los extranjeros en la cornisa cantábrica durante la Edad Moderna». En: VILLAR, María Begoña y PEZZI, Pilar (dirs.). *Los extranjeros en la España moderna*. Málaga: Universidad de Málaga, vol. 2, págs. 23-58.
- RUEDA SOLER, Natividad (1992). *La compañía de comercio «Gardoqui e Hijos»: sus relaciones políticas y económicas con Norteamérica*. Vitoria: Gobierno Vasco.
- SANTOYO, Julio César (1977). *Arthur Lee: historia de una embajada secreta*. Vitoria: Caja de Ahorros Municipal de Vitoria.
- SANTOYO, Julio César (2003). «Un quehacer olvidado: los intérpretes-traductores de navíos». En: LÉPINETTE, Brigitte y MELERO, Antonio (eds.). *Historia de la traducción*. Valencia: Universidad de Valencia, págs. 1-21.
- VILAR GARCÍA, Mar (1996). *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos (1823-1833)*. Murcia: Universidad de Murcia.
- ZABALA URIARTE, Aingeru (1994). *Mundo urbano y actividad mercantil, Bilbao 1700-1810*. Bilbao: Bilbao Bizkaia Kutxa.
- ZABALA URIARTE, Aingeru (2006). «Los holandeses en Bilbao. La reconstrucción de la comunidad tras el tratado de Münster (1648)». *Bidebarrieta*, Bilbao, vol. 17, págs. 147-184.
- ZYLBERBERG, Michel (1993). *Une si douce. Les milieux d'affaires français et l'Espagne vers 1780-1808*. París: Comité pour l'Histoire économique et financière de la France.

---

Fecha de recepción: 11 de mayo de 2017

Fecha de aceptación: 11 de julio de 2017

Fecha de publicación: 20 de diciembre de 2018